

LIBRITOS DE MEMORIA

Por el Dr. A. P.

He aquí unos objetos ya olvidados, pero que en su tiempo, pese a su apariencia inofensiva, al lado de alegrías y venturas, distribuyeron desilusiones y amarguras y, en no pocos casos, fueron origen de discordias y desafíos.

Me refiero, concretamente, a aquellos primorosos librillos en los que las beldades de antaño anotaban, en días de gala, la distribución que hacían de los bailes concedidos a los galanes y en los restantes eran el «memorándum» de visitas, pésames y felicitaciones. Estos encantadores objetos no han merecido, que yo sepa (quizá afortunadamente), el interés de los anticuarios y coleccionistas. Apenas algún artículo en *Studium*, en el *Burlington* o en el *Connoisseur*; acaso en *Monatschrift* se han reproducido algunos; pero, en general, yacen olvidados en alguna vitrina, en el cajón de la cómoda de la abuela o en lo más escondido del polvoriento escaparate de algún previsor anticuario. En realidad merecen mejor suerte.

Si los «coleccionistas» no fuesen en realidad sujetos cuya afición, desde la filatélica a la de momias o cuerdas de ahorcado, no estuviese en los linderos de la psicopatología, los *aficionados*, los *amigos del arte* de algunos más quilates de espiritualidad, bien harían en parar su atención en estos evocadores y románticos objetos.

Si tenéis en vuestras manos alguno de ellos, repararéis desde luego en su rica y original factura. En general, sus cubiertas son de nácar, de plata cincelada, de esmaltes, de «vernís Martin», como prendas, al fin, propias para regalo, en los que la fantasía y el gusto se alían con la riqueza o la originalidad. Algunos son de oro; otros, en cambio, humildes, pero no menos originales, de pajas de colores trenzadas, y no faltan, naturalmente, tratándose de aquella época—los dos primeros tercios del siglo pasado—, los fabricados en China con el gusto y los materiales de uso en aquel país.

Pero al curioso, por poca imaginación que posea, le ha de atraer fatalmente su contenido. Abramos el librillo que esconden y en su primera página veremos un grabado en acero con viñetas del encantador convencionalismo romántico y una fecha al pie: «París, 1849», y a seguido el calendario de aquel año, en cuyo margen, en ciertas fechas (las efemérides conocidas por su dueña), algunas señales marcan quién sabe si días de natalicio o recordatorio de defunciones. Allí están anotados el santo de la abuela, el cumpleaños de alguna amiga y acaso, retrospectivamente, el entrañable recuerdo de una declaración de amor, y si seguimos hojeándolo, borrosas por el tiempo (¡un siglo!), veremos también las anotaciones, en sus páginas blancas, de lo pueril y de lo trascendente; de la cuenta de unos gastos y de la concesión de un cotillón. ¡Pobre y encantador librillo! Entre sus páginas ingenuas, por más que el lujo las vistiese con las cubiertas de oro o de marfil, se encierran, como en el corazón de tu dueña, espléndidamente ataviadas, las íntimas y deliciosas emociones de una vida en flor: de aquellos años de nuestra existencia que, al quedar bien lejos, apenas distinguimos de otros sino por el recuerdo de una canción o por el evocador «ritornello» de un vals que nuestra ilusión, una noche, dejó en nosotros prendida su emoción. Acaso en él se confiaron los pequeños grandes secretos que fueron tanto en la vida y en el destino de su dueña; pero acaso también fueron las páginas que quedaron en blanco las más interesantes, porque al cesar las notas, las «confidencias»—que en él se depositaban—, parece adivinarse que tuvo su poseedora otro confidente más querido: ¡muy posiblemente el que realizó su ilusión!

Y, ¡cosa extraña!, cuando ahora, en los múltiples y heterogéneos objetos que encierra el indispensable bolso de una mujer, no falta casi nunca el espejo, confidente discreto de su vida, en los de antaño, «carnet» o monedero, no se conservan ni vestigios de él. El pudor impedía entonces a sus dueñas proceder en público a su «retoque» provisional y apenas «del salón en el ángulo oscuro», ante un espejo monumental, una furtiva ojeada tranquilizaba sobre su belleza o su tocado a nuestra romántica beldad.

Pero también, en ocasiones, la omisión de un nombre o la inclusión de otro fueron motivo de un duelo por celos o consecuencias de un desengaño o una traición. Por ello, no puedo ver sin cierta melancolía estos encantadores objetos que encierran en sí, como los perfumes orientales guardan largo tiempo el aroma de las flores y las hierbas que lo formaron, el recuerdo agri dulce de una vida; de lo mejor de ella, de los años, harto breves, de una acariciada ilusión.



«Carnet» romántico de nácar («El Sultán y su favorita»)



Librillo con incrustación de marfil. Gusto alemán



Carnet con cubiertas de plata repujada